ANTE EL CENTENARIO DE FRAY HERNANDO DE TALAVERA

El 14 de mayo de 1507 fallecía en Granada fray Hernando de Talavera, primer arzobispo de la restaurada Iglesia granadina. Acerca de él, de su vida y de sus obras, contamos con diversos testimonios que nos permiten aproximarnos a su figura, como persona y como prelado. Pero quizá ninguno tan significativo —por lo directo— como el que nos proporciona Jerónimo Münzer, viajero por la Península en 1494, y espectador de excepción de aquella ciudad recién incorporada a la Corona. En él nos lo presenta como varón doctísimo, de vida ejemplar en la devoción, en la piedad, en la mansedumbre y en la misericordia. «No conocí en España —prosigue— hombre más versado en teología y filosofía. Era verdaderamente un nuevo San Jerónimo, porque el continuo estudio, los muchos trabajos de su sagrado ministerio y las rigurosas abstinencias, habían macerado su cuerpo de tal modo que bien pudieran contársele los huesos, tan sólo revestidos con la piel (...) A él se debe la conversión de muchos sarracenos, a quienes constantemente exhorta y adoctrina imitando el ejemplo de Jesucristo, así en las obras como en la enseñanza».

Testimonio directo, como decía, y en absoluto magnificado. Porque, en efecto, fue Hernando de Talavera una figura insigne en su tiempo, modelo a seguir para muchos y punto de referencia indiscutible de una corriente renovadora surgida en el seno de la Iglesia, que tendrá plasmación en algunos tratadistas del siglo XVI. Nacido en Talavera en 1428, en el seno de una familia modesta de origen judeoconverso, es posible que sus orígenes ayudaran a modelar un talante que le acompañó a lo largo de toda su vida, y que constituyó uno de los elementos definitorios de su personalidad. Bien dotado para los estudios, los realiza en la Universidad salmantina, alternándolos con diversos trabajos para costeárselos. En aquellas aulas su mente se abrió a ideas innovadoras, de la mano de alguno de sus maestros. A uno de ellos, Martínez de Osma, sucedería en la cátedra de Filosofía Moral en aquella misma institución.

Pero no era ese tipo de docencia al que estaba llamado. Prueba de ello, su renuncia a la cátedra y su ingreso en la orden de San Jerónimo. En esta comunidad, y en los diversos cargos que ocupó en ella, realizaría una importante labor de reforma, avalada siempre con su propio ejemplo. No excesivamente exactas son las noticias que han llegado a nosotros acerca de las circunstancias concretas en que inicia su relación con la reina Isabel, que iba a ser estrecha y permanente. Sí es bien conocida la influencia que ejerció sobre ella, no sólo como su confesor —que lo fue durante muchos años— sino también como su consejero. En cuestiones espirituales, pero no en menor grado en las que afectaban al ámbito de la política. Expresiva es a ese respecto la correspondencia mantenida entre ambos, a la que pertenecen estos párrafos extractados de una carta de la soberana. «Muy reverendo y devoto padre, tales son vuestras cartas que es osadía responder a ellas: porque ni basto ni sé leerlas como es razón, más sé cierto que me dan la vida, y que no sé decir ni encarecer cuánto me aprovechan (...) no sólo en estos negocios que son los mayores, mas en todos los de mis Reinos y de la buena gobernación de ellos, querría me escribiéseis en todo vuestro parecer».

No es de extrañar, por todo lo dicho, que fuera fray Hernando de Talavera la persona elegida para hacerse cargo del Arzobispado granadino cuando éste se ponga en marcha. En circunstancias complejas, sin duda, ante las que hizo gala en todo momento del rico bagaje acumulado y de la experiencia de quien había rebasado ya más de la mitad de su vida. En muy distintos frentes por añadidura, lo que es exponente de la dimensión de su figura. Su labor cerca de los mudéjares y los moriscos, para quienes fue el *santo alfaquí*. Su trabajo pastoral, ejercido incansablemente. Su celo por formar sacerdotes que fueran dignos de la misión que tenían encomendada. Realizado todo ello con la bondad y la comprensión que le caracterizaron. Así, el secretario Hernando de Zafra pudo escribir a los reyes: «El obispo, non crean Vuestras Altezas que fue muy provechoso quedar en estas tierras, porque a todas las gentes da mucho contento y los oye y los despacha muy bien y, cierto, muy contentos están todos de él».

Introductor de la imprenta en Granada, renovador de la liturgia, innovador en la música sacra. Humanista, en suma, como se pone de relieve en la obra que dejó escrita. Una mente y una personalidad como las suyas a la fuerza tenían que resultar molestas para quienes se movían en distintos caminos o a impulsos de diferentes intereses. Sus últimos años, muerta ya la reina Isabel su gran amiga y valedora, se vieron amargados por el juicio abierto contra él por la Inquisición —a la que siempre se opuso— acusándole junto con su familia del delito de judaizar. La absolución, dictada por el papa, no llegó a conocerla por unos pocos días. El 14 de mayo de 1507, fray Hernando de Talavera había muerto en Granada.

Estamos, por lo tanto, en el año de su centenario. Con ese motivo, el Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino ha querido rendirle un homenaje de recuerdo y respeto, dedicándole un pequeño dossier en este número de su revista.

El Consejo de Redacción